

EUROPA  
1972

(y II)

# ITALIA la estrategia de la tensión

El príncipe Junio Valerio Borghese, cuyo nombre apareció en la prensa en el invierno de 1971 como dirigente de un golpe de Estado fallido.



¿CUAL es la situación del país, del país visible, mientras sus profundidades están corroidas por este terrorífico «underground»? Durante unos meses Italia podría parecer dos países a un tiempo. Por una parte, el país europeo, con sus robustas y vigorosas luchas obreras, con unos organismos democrático-burgueses extendidos entre derecha e izquierda, que intentan, respectivamente, dominar y controlar dichas luchas. Por otra, presenta un tejido de complots, contracomplots, conspiraciones, reuniones secretas, documentos más o menos secretos de las FFAA, que le darían la fisonomía de un país latinoamericano si no existieran los precedentes europeos de la Francia de la OAS, de la Grecia del «putsch» de coroneles, de tantas cosas en tantos otros países que no han llegado a la luz pública.

El «autunno caldo» es uno de los puntos fundamentales de este proceso. Sin haber alcanzado la difusión y el favor periodístico del «Mayo francés», sin cantores épicos (excepto, acaso, la muy discutible novela «Vogliamo tutto», de Nanni Balestrini) ni creadores de mitos, es indudable que aquella serie de luchas sindicales y extrasindicales que comenzaron, bastante inopinadamente, con una huelga «salvaje» en un taller de la FIAT, y que se extendieron durante varios meses por toda la Italia septentrional, constituyen la experiencia más avanzada y más fructífera del movimiento de la clase obrera en los últimos años.

No quiero entrar ahora, porque no es este el lugar ni el momento más adecuado, en consideraciones sobre las diferencias que opusieron a sindicatos y vanguardias obreras y sus respectivas tácticas. Tampoco quiero juzgar la infranqueable barrera que levantó entre el PCI y las vanguardias políticas. Sin embargo, es imposible silenciar la importancia que para el futuro desarrollo revolucionario tendrá la espiral abierta aquel otoño del 69 con la aparición y consolidación de una conciencia de autonomía obrera.

No es demasiado aventurado decir que cuantos hechos llevamos narrados, y otros que narraremos, tienen mucho que ver con la respuesta que la derecha italiana, la clase patronal y la derecha internacional, el imperialismo americano, pensaron que debía dar a aquel estallido.

Desde el principio, el PSU, partido nacido de una escisión de la derecha social-demócrata y que tiene a su principal dirigente como Presidente de la República, adopta el papel de vocero de dicha reacción. Sus líderes, Ferri, Preti y Tanassi, lanzan incesantes declaraciones pidiendo la disolución de las Cámaras y la convocación de elecciones anticipadas con la explícita

intención de constituir un Gobierno «fuerte». Apoyan esta campaña, lanzada por el partido «americanista», cuyos contactos con el Pentágono y la CIA no son un secreto para nadie, la derecha democristiana, el partido republicano, el partido liberal, el MSI y muchos representantes de las Fuerzas Armadas.

Citaré, a título de ejemplo, algunas de las declaraciones de aquellos días:

Marlo Tanassi, dirigente del PSU: «O controlzquierda limpio (es decir, sin socialistas) o disolución de las Cámaras».

El coronel jefe del distrito militar de Monza: «Dada la actual situación de desorden en las fábricas y en las escuelas, el Ejército tiene la obligación de defender las fronteras internas del país: el Ejército es el único baluarte contra el desorden y la anarquía».

La Confindustria (Confederación de la Industria Privada): «El poder obrero tiende a sustituirse al Parlamento y a establecer una relación directa con el poder ejecutivo. Esto crea una subversión en todo el sistema político».

Guido Gonella, diputado de la derecha democristiana: «Hago un llamamiento a la reacción del burgoés tímido contra los piquetes de los huelguistas».

Pietro Zullino, en «Epoca», veinticuatro horas antes de la explosión de las bombas de Milán y Roma: «Si la confusión se hiciese dramática, y si —en la hipótesis de nuevas elecciones— la izquierda no aceptase el resultado de las urnas, las Fuerzas Armadas podrían ser llamadas a restablecer inmediatamente la legalidad republicana. Esto no sería un golpe de Estado, sino un acto de voluntad política en tutela de la libertad y de la democracia».

El dirigente de la Confindustria, Ferruccio Gambarotti: «El sistema parlamentario no está hecho para los italianos. Se necesita una organización supra-partidista, una coalición de los monárquicos a los socialdemócratas con una fe mítica en el orden».

Giorgio Almirante, al semanario alemán «Der Spiegel»: «Organizaciones juveniles fascistas se preparan para la guerra civil en Italia; en la lucha contra el comunismo todos los medios son justificables, por lo cual no debe ninguna distinción entre medidas políticas y medidas militares».

La respuesta de la izquierda es tímida y establece, además, una jerarquización de adversarios. L'Unità: «Nunca como en estos días ha aparecido claro que el aventurismo facción, el veleitarismo seudorevolucionario, la sustitución de la frase revolución al esfuerzo paciente, son estériles y se transforman en una ocasión ofrecida a las maniobras y a las provocaciones de las fuerzas de derecha».

¿Italia está viviendo realmente

una situación catastrófica que justifique el empleo de tanta verbosidad apocalíptica? No; Italia está viviendo una etapa de agitación social, pero que no se plantea, ni como objetivo maximalista, la conquista del poder; está viviendo la crisis de una solución política, el «centrosinistra», y en este río revuelto los pescadores tienden sus redes para la obtención del pescado más preñado.

Cualquier ocasión es buena para estimular el desarrollo y afianzamiento de la «estrategia de la tensión», y, así, cuando, por ejemplo, el 19 de noviembre de 1969, un agente de Policía, Antonio Annarumma, muere en un choque de dos «jeeps» de la Policía, mientras se desarrolla una huelga general por la casa en Milán, el Presidente de la República, el socialdemócrata Saragat, difunde a través de la radio y de la televisión un telegrama en el que califica el hecho de «bárbaro asesinato» y añade que «este odioso crimen debe advertirnos a todos a aislar y a poner en condiciones de no dañar a los delincuentes, cuyo objetivo es la destrucción de la vida, y debe despertar no solamente en los actos del Estado y del Gobierno, sino, sobre todo, en la conciencia de los ciudadanos, la solidaridad con quienes defienden la ley y las libertades comunes».

Es dentro de este contexto que el 12 de diciembre de 1969 hace explosión en la milanesa-Banca de la Agricultura la bomba que ocasiona catorce muertos y noventa heridos.

## Yo conspiro, tú conspiras, él conspira...

La mañana de Navidad de 1969, un hombre sale a las ocho de la mañana de su casa, en el barrio Gianicolense, de Roma, a pasear su perro. No regresa, y el 28 de enero de 1970, su cadáver y el del perro son descubiertos en un pozo de ochenta centímetros de profundidad, en las afueras de Roma. Identificado, este hombre resultó ser Armando Calzolari, de cuarenta y tres años de edad, antiguo oficial de la Decima Mas, brigada de represión anti-partigiana que, en los tiempos de la República de Saló, luchaba junto a los alemanes a las órdenes del príncipe Junio Valerio Borghese. En la actualidad desempeñaba el cargo de administrador de fondos del Fronte Nazionale, la organización fascista dirigida por el recalcitrante príncipe.

Días antes del descubrimiento del cadáver, Evellno Loi, un extraño personaje sardo, que después de flirtear con la izquierda extraparlamentaria, prosigue una carrera de «gorila» en los grupos de extrema derecha, se presenta a la Redacción de «L'Espresso». Declara que «no quiere tener el mismo final que Calzolari» y que ha participado



El general Giovanni de Lorenzo, ex jefe del SIFAR, uno de los múltiples servicios secretos, cuyos archivos utilizó para intentar también un golpe de Estado que fue denunciado a tiempo por la prensa italiana.

## RAMON FEIJOO

en varias reuniones celebradas en Roma y Milán con altos exponentes de los grupos neofascistas y de las asociaciones de ex militares. En casi todas estaba presente el príncipe Borghese con algunos de sus hombres, y en una de ellas, celebrada en Roma el 15 de noviembre de 1969, participaba Armando Calzolari. Los «duros» propusieron la realización de algunas acciones violentas. Calzolari se opuso firmemente. El 20 de diciembre, Armando Calzolari dijo en una reunión del Fronte Nazionale: «Sois unos asesinos». Y el 25 del mismo mes desapareció.

Este príncipe Borghese, citado anteriormente, es el mismo cuyo nombre apareció en los periódicos italianos en el invierno de 1971 como dirigente y responsable máximo de un golpe de Estado fallido, y que tenía que haberse producido varios meses antes. Contaban los periódicos —«Paese Sera» y «L'Unità»— que un grupo de unos mil quinientos hombres, procedentes de las asociaciones de ex militares y ex paracaidistas, más otros procedentes de los grupos neofascistas, pasaron la noche del 15 al 16 de noviembre de 1970 concentrados en tres gimnasios romanos, en espera de la consigna de asaltar los centros del poder político, desde el palacio del Presidente de la República

hasta el centro emisor de la televisión, pasando por la Cámara de Diputados. Dijeron las informaciones que el golpe quedó en estado de tentativa, porque a última hora falló el acuerdo con los jefes militares, que, simultáneamente, tenían que alzarse en varias regiones y ciudades italianas, especialmente las que cuentan con una administración social-comunista. Informaciones posteriores, sin embargo, aseguraban que un pequeño grupo había llegado a introducirse, camuflado bajo uniformes de «carabinieri», en el Quirinale, es decir, la residencia del Presidente de la República.

Se decretó una orden de detención contra el príncipe Borghese, pero éste se había dado a la fuga varios días antes. En su apartamento romano fueron hallados los planos militares de la insurrección y el texto de la proclama que la televisión, una vez ocupada, había de difundir a todos los Italianos. Uno de los detenidos por complicidad fue el teniente Sacucci, de la División Folgore de paracaidistas. Un poco antes de las elecciones del presente año fue liberado por falta de pruebas y actualmente se sienta en la Cámara de Diputados como diputado del MSI.

El príncipe Borghese, reclamado también por un Tribunal por quelebra

fraudulenta, sigue en libertad y seguramente fuera del país. Un poder notarial firmado por el notario de Madrid Francisco Javier Monedero, en el que el príncipe autorizaba a determinada persona a representarle en una operación de compraventa a realizar en Italia, habla de su presencia en Madrid en determinado momento. Se ignora su residencia actual.

## Muertes en cadena

Otras víctimas del atentado de plaza Fontana: personas que aquella horrible tarde no habían puesto los pies en la Banca de la Agricultura.

Catorce de diciembre de 1969. Ingresa en la clínica el abogado Vittorio Ambrosini, ex agente de la Ovrá (Policía Secreta mussoliniana), hermano del asesor constitucional de Saragat y padrino del ministro del Interior, Restivo. Confía a su viejo amigo Achille Stuani, ex diputado del PCI, que ha participado en varias reuniones preparatorias de los atentados de Milán y Roma. Estas reuniones se han celebrado en la sede de Ordine Nuovo, la organización fascista fundada por Pino Rauti. Le entrega tres cartas selladas, que Stuani debe hacer llegar al ministro Restivo, al diputado del PCI Pajetta y al diputado del MSI Giulio Caradonna. Ninguna de las tres recibe respuesta.

Quince de septiembre de 1970. Mueren en un accidente de carretera Mucky (una joven anarquista imputada con Valpreda y demás por las bombas) y cuatro anarquistas calabreses. Dos de ellos, Casile y Aricò, eran importantes testigos de la defensa de Valpreda. El accidente —provocado por el brusco frenazo de un camión que las precede— sucede en el mismo lugar donde ocho años atrás había muerto, en circunstancias análogas, la esposa de Junio Valerio Borghese. El padre de uno de ellos había recibido, el día antes de que el hijo saliese, una llamada telefónica de un policía amigo en la que le aconsejaba que retuviese a su hijo en casa.

Dieciséis de julio de 1971. El taxista Rolandi muere en la bañera.

Veinte de octubre de 1971. El abogado Vittorio Ambrosini es encontrado muerto en el descampado que rodea el Policlínico General. Al parecer, se ha echado por la ventana de su habitación. Su estado físico había mejorado. Faltaban pocas semanas para la apertura del proceso Valpreda.

## Aventuras y desventuras de un «hippy» alemán en Italia

Udo Werner Lemke, de veintidós años, llegó a Italia a fines de noviembre de 1969. El 13 de diciembre del mismo año se presentó

ante los «carabinieri» de plaza in Lucina, en Roma, donde hizo la siguiente declaración: «Hace dieciséis días que estoy en Italia. Llegué en "auto-stop" a Palermo, donde tenía amigos. De hecho, en la trattoria "da Ezio" encontré a un tal Salvatore. Salvatore me dijo que si tenía ganas de trabajar me podría presentar a unos amigos suyos de Catania, Nino Machino y Stefano, llamado "diente de oro". Acepté y me fui con Salvatore a Catania. Encontramos a estas dos personas y me propusieron que si tenía intención de ganar dinero fácil y rápido tenía que depositar una bolsa en una plaza de Roma, Milán o Nápoles, donde se encontraba mucha gente, y que, al cabo de una hora, haría explosión. No acepté. La propuesta me fue hecha en lengua italiana, que entiendo bien. Después de mi negativa me amenazaron, ordenándome no volver a poner los pies en Italia. He vuelto a ver a estas tres personas la tarde del doce de diciembre, en Roma. Hace unos cuantos días que duermo en las cuevas junto al Ara Coeli. Ayer, mientras estaba en las cuevas, oí un gran ruido. Salí fuera y vi perfectamente, sin lugar a dudas, a Salvatore, Nino Machino y Stefano "diente de oro" atravesar corriendo la calle hacia un Fiat ciento veinticuatro blanco. Reconocí perfectamente el coche porque fue el que me llevó de Palermo a Catania».

Podrían ser las fabulaciones de un mitómano, y así parece pensar la Policía romana, que se limita a una investigación rutinaria que descubre que Stefano «diente de oro» es Stefano Galata, conocido «escuadrista» del MSI siciliano, y que los otros dos son también militantes fascistas.

Podría tratarse también de una broma de mal gusto unida a unas cuantas coincidencias «imposibles». Pero, antes de decidirnos, prosigamos la historia, aunque ahora tengamos que narrarla en tercera persona.

El 30 de diciembre de 1969, la ciudadana americana Ellen Maria Marques, residente en Roma, denuncia en la Comisaría de Castro Pretorio el robo de mil dólares y de algunas joyas. Añade que sospecha de un joven sueco o alemán llamado Hagi. En aquellos días, Udo Lemke, que acababa de pasar diez días en la Comisaría, salía hacia Grecia y en el barco conocía a una chica canadiense, Diana Pellier. Poco después, Lemke y la chica conocieron a tres jóvenes alemanes que viajaban en una furgoneta Volkswagen: uno de ellos se llamaba Hagi. El grupo viajó unido hasta Estambul, donde se separó, y uno de los tres alemanes regaló un collar de coral de escaso valor a Lemke.

El 11 de febrero, Udo y la joven canadiense regresaron a Roma, donde se alojaron en un hotel muy barato, La Flora, cerca de Campo

di Fiori. Conocieron por la calle a un joven «hippy» austriaco, Erik Wolfgang, que les dijo que estaba sin dinero. Udo Lemke y su amiga le ofrecieron pasar la noche en su habitación del hotel.

Aquella misma noche se presenta en la Comisaría de Castro Pretorio el taxista romano Walter Palazzi, amigo de «miss» Marquès. Dice que acaba de ver en plaza Navona, colgado del cuello de un alemán llamado Udo Lemke, el collar de coral robado un mes antes a su amiga. Inmediatamente sale de la Comisaría un auto con la orden de registro en la habitación de Udo Lemke y sus amigos como «sospechosos de tráfico de drogas». Udo Lemke ha salido, y cuando regresa le avisan de que la Policía está en su habitación: sin embargo, sube. La Policía encuentra en la mesita de noche un paquete de diez kilos de «hashish». Mientras son conducidos abajo, el amigo Erik Wolfgang pide permiso para ir al lavabo, ¡le es concedido!, y cuando quince minutos después van a buscarlo, ya ha desaparecido. Udo Lemke y su amiga son juzgados por el mismo juez que se ocupa del proceso Valpreda, y, mientras dura el juicio, que condena a Udo Lemke a tres años de cárcel, es encerrado en la misma celda de Mario Merlino.

Poco después, el joven alemán es internado en la cárcel psiquiátrica de Perugia, de donde desapareció extrañamente unas semanas antes de la apertura del proceso Valpreda, en el que era uno de los más importantes testigos de la defensa. Informaciones muy recientes aseguran que fue llevado a la frontera por la Policía italiana y entregado a sus colegas alemanes, y que actualmente reside en la cárcel de Francfort.

## James Bond, contra los coroneles

A la hora de tirar del hilo que puede desenredar este embarullado ovillo, conviene no olvidar el «rapport» que el periodista inglés Leslie Finer, antiguo corresponsal de «The Observer» en Atenas, publicó en su periódico sobre las actividades de los hombres del Servicio Secreto griego, el KYP, y de sus amigos italianos en relación con la campaña de agitación desarrollada en Italia a lo largo del año 1969. El «rapport», cuya autenticidad no ha sido negada por nadie y que fue obtenido por uno de los grupos moderados de la resistencia griega, procede de un agente del Servicio Secreto griego y está dirigido a Giorgio Papadopoulos, presidente del Consejo de Ministros griego. Se refiere explícitamente a los contactos y conversaciones sostenidos con un tal señor P., después de su viaje a Atenas, en los que el señor P. habla de sus rela-

ciones con importantes miembros de las Fuerzas Armadas y de la Policía italianas y de la simpatía con que observan la situación griega, y se extiende en consideraciones sobre la manera de utilizar dicha predisposición para conseguir que la Policía italiana evolucione en un sentido parecido al de la griega.

Hasta ahí, al fin y al cabo, nada más que palabras, proyectos e intenciones. Pero uno de los párrafos se refiere claramente a un hecho pasado (el «rapport» lleva fecha de mayo de 1969), y dice así: «A. Las acciones cuya realización estaba prevista para época anterior no han podido ser realizadas antes del 20 de abril. La modificación de nuestros planes ha sido necesaria por el hecho de que un contratiempo nos ha dificultado el acceso al pabellón Fiat. Las dos acciones han tenido un notable efecto».

El 25 de abril de 1969 estallaron sendas bombas en el pabellón Fiat de la Feria de Muestras de Milán y en la Oficina de Cambio de la Estación Central. Fueron detenidos como presuntos autores un grupo de anarquistas milaneses; el proceso celebrado a fines de 1971 les absolvió, pero el Tribunal se negó a tomar en cuenta el informe del periodista Leslie Finer.

## Dos años después

Y llegamos, finalmente, a la tercera y última parte de esta complicada historia. Mientras Valpreda y sus compañeros siguen en la cárcel de Regina Coeli, en espera de un proceso que nadie, salvo ellos y sus amigos, parece tener gran interés en iniciar, la vida sigue.

E Italia vota. Se trata esta vez, en la primavera del 71, de unas elecciones municipales que implican, entre otras ciudades de menor importancia, a Génova, Roma y a la región siciliana. El dato más importante que se deduce de ellas es el impresionante aumento de los votos del MSI.

Por otra parte, a fines del mismo año, la elección del nuevo Presidente de la República pone de manifiesto la precariedad del «centrosinistra»: los socialistas se alinean contra el candidato oficial, el onorevole Leone, de la DC, que pierde también buena parte de los votos de la izquierda de su partido, y acaba siendo elegido, después de innumerables votaciones, con ayuda de los votos de las derechas y del MSI.

Es el final inapelable, aunque no me atrevería a decir irreversible, del «centrosinistra». Después de un tiempo de espera, regido por un Gobierno monocolor DC de transición, el nuevo Presidente de la República disuelve las Cámaras y convoca nuevas elecciones.

Y con esta nueva situación, la historia que venimos contando da un giro copernicano, que intenta-

remos explicar con ayuda de una fábula.

## El pastorcillo y los lobos

Erase una vez un Pastor llamado Democristianus que poseía cerca del 40 por 100 de las ovejas de su territorio. Casi todas estas ovejas procedían del rebaño del difunto Pastor Angelicus, que las había amenazado con severos castigos si se pasaban al rebaño de su principal enemigo, el Pastor Comunista, que sólo tenía un 20 por 100 de las ovejas. Las restantes ovejas pertenecían a los rebaños de diversos pastores, amigos y conocidos del Pastor Democristianus, y también había algunas ovejas que pastaban por su cuenta con la secreta intención de dejar, algún día, de ser ovejas.

Se daba, además, el caso de que los terrenos de pasto de los rebaños del Pastor Democristianus se extendían por todo el territorio, y eran mejores, y la hierba más fresca y jugosa, que los de su rival, el Pastor Comunista.

En aquel territorio se celebraban periódicamente recuentos de ovejas para saber con cuántas cabezas contaba cada rebaño. El Pastor Democristianus comprobaba con dolor que el número de sus ovejas disminuía y engrosaba, en cambio, el rebaño del Pastor Comunista. Entonces, el Pastor Democristianus ponía el grito en el cielo diciendo: «¡Socorro, socorro! ¡Que viene el lobo rojo!», que de esta manera llamaba al Pastor Comunista, y contaba a todos las grandes maldades de que era capaz. Tanto lo dijo y repitió, que sus ovejitas acabaron por creérselo, y decidieron pedir ayuda. ¿A quién? Al lobo negro. El Pastor Democristianus se asustó mucho, porque tampoco le gustaba que sus ovejas se fueran con el lobo negro, y explicó a sus ovejitas que el lobo negro era casi tan malo como el lobo rojo, y que no era solución. Insistía en que él, ayudado por la intercesión del Pastor Angelicus y por el brazo del pastor de otro territorio, llamado el Pastor Atlántico, se bastaba para defender a sus ovejitas del peligro del lobo rojo. Pero como no contaba ninguna maldad concreta acerca del lobo negro, las ovejitas no le creían. Seguían pensando que el lobo rojo era el lobo rojo, y que el lobo negro quizá fuera, en realidad, un San Jorge disfrazado de lobo, y esperaban que este San Jorge matara al lobo rojo y comenzaron a decir que escaparían del rebaño del Pastor Democristianus para irse al rebaño del lobo negro, donde se sentirían más protegidas.

Entonces, poco antes de que se produjera el próximo recuento, fue cuando el Pastor Democristianus se decidió a explicar a sus ovejitas alguna de las maldades del lobo negro.

## La pista negra

Era un secreto a voces, pero seguía siendo un secreto oficial que el desentrañamiento de los atentados pasaba por los medios neofascistas. La extrema izquierda había sido precisa, clara y contundente: había formulado acusaciones, había dado nombres, había explicado hechos. El libro «La Strage di Stato», escrito por un Colectivo de Contrainformación, y que explicaba mil detalles sobre la conspiración, había alcanzado una venta de 130.000 ejemplares.

Sin embargo, tuvo que producirse la inminencia de la campaña electoral y el miedo de la DC a perder demasiados votos a favor del MSI, a causa del espantapájaros urdido a la izquierda, para que las riendas de la investigación tiraran hacia la derecha, para que apareciera la llamada «pista negra».

El juez Spiz, de Treviso, firma una orden de captura contra el editor Giovanni Ventura y el abogado filonazi y antisemita Franco Freda. La inculpación más importante es la organización de una «asociación con el objetivo de cometer delitos contra el orden público». Dicho en otras palabras, se les acusa de haber organizado y financiado una célula subversiva responsable de unos atentados dinamiteros en los trenes en agosto de 1969. Posteriormente, esta acusación se amplía a los atentados de Milán y Roma, en diciembre de 1969, y a la persona de Pino Rauti, fundador de Ordine Nuovo, periodista de «Il Tempo», actual dirigente del MSI, y muy probablemente el señor P. del «rapport» Finer.

Es una historia que arrastra desde hace tiempo. Ya en la primavera de 1969 el comisario Pasquale Jullano abrió una investigación sobre Freda y Ventura como presuntos autores de una serie de atentados con explosivos realizados en Padua. La investigación fue archivada, y el comisario Jullano sometido a expediente disciplinario por elaboración de pruebas falsas. Su principal testigo, el portero de un edificio que había visto salir y entrar a los imputados con explosivos, apareció muerto en el hueco del ascensor un par de días antes de formalizar su declaración.

Pero aquí interviene el general De Lorenzo. Este general es uno de los personajes más «pintorescos» de la política italiana, tanto por su aspecto físico —canoso, bigote hitleriano y permanente monóculo— como por su historial. Ha sido director general del Cuerpo de Carabinieri, jefe del SIFAR, uno de los múltiples servicios secretos italianos, diputado monárquico, y actualmente es diputado del MSI. En sus tiempos de jefe del SIFAR, mediados los 60, se habló mucho acerca del golpe de Estado que el general estaba preparando. Su principal arma, además de las propias

del caso, consistía en una sabia utilización de los archivos secretos del SIFAR, que contenían más de 50.000 fichas sobre toda clase de actividades, públicas y privadas, de otros tantos hombres políticos italianos. Se abrió una investigación, que dio como resultado el «suicidio» de varios colaboradores íntimos del general De Lorenzo, entre ellos el coronel Rocca, y la destitución del general De Lorenzo de sus cargos. Parece ser, «según afirman fuentes generalmente bien informadas», que con motivo de la detención de Pino Rauti, el general De Lorenzo amenazó con la publicación de algunas fichas de su archivo referentes a oscuras actividades de altas personalidades del Gobierno. El resultado es inmediato: el fiscal De Peppo ordena la liberación inmediata de Pino Rauti por falta de pruebas, mientras Freda y Ventura siguen encarcelados y, según noticias recentísimas, formalmente acusados de haber organizado los atentados de Roma y Milán de diciembre de 1969.

Quizá sea interesante añadir que inmediatamente después de su liberación, Pino Rauti pasó a ser el onorevole Rauti, miembro electo del nuevo Parlamento, junto con el teniente Sacucci, uno de los participantes en el golpe de Estado del príncipe Borghese, también absuelto, como hemos dicho antes, por «falta de pruebas».

Otro magistrado milanés, Bianchi d'Espinosa, abrió una investigación sobre el MSI, inculpándolo del delito previsto por la Constitución republicana de «reconstitución del partido fascista», y concretamente contra su secretario general (San Jorge), Almirante, por haber firmado en su calidad de subsecretario del Ministerio de Propaganda de la República de Saló un bando ordenando el fusilamiento de los «partigianos».

## El proceso Valpreda

Fue en medio de este clima como se inició el proceso Valpreda. Ya nadie creía en su culpabilidad, pero había que mantener las apariencias, dar una mínima expresión de legalidad a aquella práctica. Después de innumerables aplazamientos por infinidad de motivos, el último de los cuales fue la dificultad de encontrar un local adecuado, el proceso se abre en una sala especialmente acondicionada del modernísimo Palacio de Justicia de Roma, con un impresionante despliegue de aparato policíaco en los alrededores y dentro del Palacio, y la instalación de un «detectador de armas», igual que en los aeropuertos, en el corredor que lleva a la sala del Tribunal.

Valpreda y sus compañeros han elegido dos tipos de defensores: unos, como el abogado Calvi, el abogado Malagugini, el abogado



A pesar de las pesquisas realizadas por la Policía, en estos momentos persiste el misterio sobre la personalidad y los móviles del asesino del comisario. En la foto, Luigi Calabresi.

Basso, son miembros, incluso diputados, del PSIUP y del PCI; otros, como el abogado De Gregorio, el abogado Spazzali, miembros o simpatizantes de las organizaciones de la izquierda extraparlamentaria. Ambos orígenes se perciben claramente desde las primeras actuaciones de la defensa. Mientras los primeros eligen una defensa que podríamos calificar de técnico-jurídica, basada en la refutación de las pruebas presentadas sin excesiva convicción por el fiscal, en la presentación de pruebas contrarias, en la demostración de irregularidades procesales, etcétera, los segundos intentan convertir aquel proceso en un proceso político, en un proceso a las instituciones jurídicas del Estado burgués.

Es imposible predecir cuál de ambos sistemas habría alcanzado mayor éxito, si por éxito entendemos también, como es lógico, la absolución y la libertad de Valpreda y los demás. El hecho es que después de unas cuantas sesiones, cuando todavía no habían comenzado a debatirse las cuestiones de fondo y el proceso no ha salido de la discusión de las excepciones formales, el Tribunal acepta una petición presentada por los abogados de la parte civil (es decir, los que representan a los familiares de las víctimas de las bombas) y se autodeclara incompetente, ordenando la traslación de los autos del sumario a los Tribunales milaneses.

Hay que precisar que las elecciones estaban al caer —es decir, son convocadas por el Presidente Leone poco después de la apertura del proceso— y que la coexistencia de una campaña electoral con las revelaciones que, indefectiblemente, por mucho control que se ejerciera, iban a producirse a lo largo del proceso, eran demasiado peligrosas para el Gobierno democristiano y un arma poderosísima en manos de la izquierda.

## La candidatura de un anarquista

El proceso está aplazado y nadie puede prever cuándo ha de producirse su reapertura: Incoación del nuevo sumario, formación

del nuevo Tribunal, interminables prácticas procesales. Valpreda está desesperado; su enfermedad, parálisis progresiva de las piernas por dificultades de riego sanguíneo y consiguiente gangrenación de las extremidades, se agrava a consecuencia del régimen de vida carcelario. Y toma una decisión vivamente discutida por la izquierda italiana: acepta la candidatura que le ofrece Il Manifesto, grupo de izquierda desgajado del PCI, para presentarse a las elecciones de junio. Para Valpreda es la única posibilidad de salir de la cárcel en un tiempo breve; para Il Manifesto es una poderosa baza, la única que puede coagular en torno al grupo los votos de los miembros de los restantes sectores de la extrema izquierda, mayoritariamente abstencionistas.

Las consecuencias son inmediatas: L'Unità critica, breve pero acerbamente, la decisión de Valpreda, y la poderosa máquina propagandística del PCI deja de ocuparse de él, al menos mientras no se haya resuelto la incógnita electoral.

Después del 8 de junio, Valpreda, como era previsible, es el candidato de Il Manifesto, que alcanza el mayor número de votos, pero no los suficientes para ser elegido diputado. Valpreda y sus compañeros siguen en la cárcel, mientras Sacucci y Rauti se sientan en el Parlamento.

## Muerte de un editor de izquierdas

El 14 de marzo de 1972, justo antes de empezar la campaña electoral, se descubre el cuerpo de un hombre junto a un poste transformador de corriente en las cercanías de Milán; aparentemente ha muerto a consecuencia de una explosión. Al principio se desconoce su identidad; la documentación que aparece junto a él es falsa. Llega el comisario Calabresi al lugar de autos y sugiere a los perplejos investigadores: «Imagináoslo con un bigote de puntas caídas». E inmediatamente aparece ante todos la conocidísima cara de Giangiacomo Feltrinelli.

Residente fuera de Italia desde hacía más de dos años, desde que la Policía intentó implicarle en el atentado de plaza Fontana (Salvemini, un famoso político liberal italiano de la anteguerra, dijo en cierta ocasión: «Si la Policía italiana me acusa de haber violado a la Madonnina del Duomo, lo primero que hago es coger el pasaporte y escapar»), pero con frecuentes y conocidas entradas en el país; financiador de numerosos grupos de extrema izquierda, creador de la fundación que lleva su nombre, dedicada a la conservación y recopilación de la literatura revolucionaria; relacionado por la CIA con

# ITALIA

## la estrategia de la tensión

la ejecución de su agente Quintanilla, el cónsul boliviano en Hamburgo, uno de los responsables de la muerte del «Che» Guevara; odiado y denostado por la prensa derechista italiana, que le reprocha su papel de editor izquierdista, de «corruptor de la juventud»; criticado por la izquierda oficial por sus actitudes extremistas, Feltrinelli es una de las personalidades italianas cuya muerte en tan particulares circunstancias, mientras está colocando un explosivo, favorece mejor la «escalada» de una campaña demagógica destinada a impresionar a la opinión pública, un tanto escéptica después del descubrimiento de la «pista negra».

Este hecho objetivo, la consideración «qui prodest» y las extrañas circunstancias que rodeaban la muerte, hicieron pensar inmediatamente en que constituía un nuevo eslabón de la cadena de provocaciones: podría decirse que la obra maestra.

Ahora, cuatro meses después del hallazgo del cadáver de Feltrinelli junto al poste transformador de Segrate, la incógnita persiste. Es cierto que los dos años de clandestinidad y el contacto con los grupos extremistas alemanes pueden haber radicalizado al «guerrillero de salón» de Feltrinelli y haberle inducido a la acción personal y directa, pero esta predisposición psicológica no basta para aclarar los muchos misterios que rodean su muerte.

El coche que cinco minutos antes de la explosión se alejó del transformador de Segrate; la soga atada a la cintura de Feltrinelli, ¿servía para mantenerle atado al poste mientras colocaba los explosivos, o servía, en cambio, para que no pudiera escapar mientras alguien efectuaba la explosión?; la cita semanal que a la misma hora de aquel mismo día había fijado con su hijo, cita a la que nunca había faltado en dos años de vida clandestina; la huella de bala que se ha descubierto hace escasas semanas sobre el poste; el manojito de llaves que, según la Policía, llevaba encima y que posteriormente sirvió para ir descubriendo, uno tras otro, todos los escondrijos de misteriosas organizaciones terroristas.

No, nada está demasiado claro, y si aceptamos el resultado de la autopsia oficial, que establece que Feltrinelli no había sido drogado, podemos suponer, y me parece la hipótesis más verosímil, que Feltrinelli llegó por su propia voluntad y propio pie al lugar de su muerte, pero que allí fue víctima de un accidente provocado, es decir, de un asesinato.

Los nombres de las organizaciones clandestinas que la Policía esgrimió a continuación también inducen a legítimas sospechas. Se refirió a Brigate Rosse. Este es un grupo que procede del Colec-

tivo Político Metropolitano, que, ya en 1968-69, teorizaba que la actual fase de lucha contra el neocapitalismo pasaba por la guerrilla urbana. A fines de 1969, este grupo anunció, hecho insólito en la historia de las asociaciones revolucionarias, que pasaba a la clandestinidad y se escindía en Sinistra Proletaria, actualmente desaparecida, y en Brigate Rosse. También se refirió la Policía al GAP, Grupos

### El italiano vota

Las elecciones del 7-8 de junio de 1972 se desarrollan en este clima enrarecido, donde a nadie sorprendería demasiado que el Vaticano saltara en pedazos o que apareciera asesinado el Presidente de la República. Sin embargo, transcurren con bastante tranquilidad. Los únicos hechos que rompen la calma son la muerte a manos de

cratas (al partido de la «crisis» le ha pasado la hora), ligero aumento de republicanos y socialistas, y tremendo bajón del PSIUP, que pierde todos sus representantes parlamentarios, y decide, en un 70 por 100, la entrada en el PCI.

### Muerte de un policía

Las aguas habían vuelto a su cauce, y podía pensarse que todo había pasado, cuando surge un nuevo hecho estruendoso. Una mañana, mientras el comisario Calabresi sale de su casa y se dispone a entrar en su coche, es seguido por un hombre, que le dispara dos tiros a quemarropa, uno en la espalda y otro en la nuca, ambos mortales. Según testigos presenciales, el hombre camina unos pasos con la pistola en la mano, indica a un coche que pasaba accidentalmente que frene para dejarle paso, se quita una moto de polvo del pantalón y sube a un coche que le espera y arranca velozmente. Todos los hechos parecen salidos de una película americana y califican a un «killer», a un verdadero profesional.

La Policía bloquea rigurosamente todas las entradas y salidas de Milán: carreteras, aeropuertos, trenes. Realiza centenares de registros. Dice que tiene millares de pistas. Pero en estos momentos el misterio sobre la personalidad del asesino del comisario Calabresi y sobre los móviles que lo impulsaron sigue siendo total.

Algunos testigos presenciales describen al desconocido como un hombre de elevada estatura y pelo rubio, y añaden que había algo en su aspecto que les ha dado la sensación de que era extranjero, posiblemente alemán. Basta este detalle para que la prensa de derechas asegure, sin la menor vacilación, de que se trata de un miembro de la «banda» Baader, los llamados «tupamaros» alemanes. Poco después fue arrestada la «banda» Baader, y nadie ha demostrado, ni se ha referido mínimamente, su relación con la muerte del comisario. La Policía, a su vez, emitió una orden de captura contra Angelo Tullo, obrero emigrante en Alemania, miembro de Lotta Continua, que había estado por aquellos días en Milán. Angelo Tullo se presentó ante los investigadores con una coartada de «hierro», que motivó su inmediata liberación. Desde entonces, el silencio.

Y el mismo misterio rodea los móviles: ¿Venganza política? ¿Acción de represalias? ¿Un gesto individual? ¿O acaso el comisario Calabresi se había convertido en un personaje incómodo que «sabía demasiado»?

Si no fue un gesto individual, cosa casi descartable, ¿de dónde procedía la mano que ordenó el atentado, de la derecha o de la izquierda?



El 14 de marzo de 1972, justo antes de comenzar la campaña electoral, se descubre el cuerpo de un hombre junto a un poste transformador de corriente en las cercanías de Milán. El cadáver resulta ser el del conocido editor y activista político Gianluigi Feltrinelli. (En la foto, Feltrinelli entrevistado por los periodistas en el aeropuerto de Milán-Linate en 1967.)

de Acción Partigiana, y afirmó, extremo confirmado por una conferencia de prensa de Potere Operaio, que Feltrinelli pertenecía a dicha organización. El GAP, autor en 1970 de una interceptación televisiva en Génova, y a través de uno de sus miembros, Mario Rossi, del atraco, seguido de muerte, en una Banca genovesa, procede del Circolo 22 Octubre, dirigido y financiado por Diego Vandelli, reconocido fascista y candidato del MSI por el distrito de Savona.

Los hechos son tan confusos como equivocados, y sólo el tiempo podrá quizá aclararlos. De momento sólo podemos hacer una valoración política de los mismos. Y se puede decir que han servido para desencadenar una fuerte represión contra los grupos de la izquierda extraparlamentaria.

La Policía de un joven anarquista, Franco Serantini, golpeado mientras se manifestaba contra un mitin de Almirante, y, por el lado de lo grotesco, el autosequestro que dos días antes de las elecciones se organiza un candidato del MSI para provocar las simpatías de sus correligionarios y la afluencia de votos sobre su persona.

Y los resultados son demasiado sabidos para que insista sobre ellos. La democracia cristiana y el partido comunista mantienen sus posiciones y conjuran el peligro que a sus respectivas derechas e izquierdas podían representar el MSI e el Manifesto: el primero, unido a los monárquicos, gana votos, pero no los que catastróficas previsiones hacían suponer, y el segundo no obtiene ningún diputado. Descenso notable de liberales y socialdemó-

Aparte de la extrema eficiencia, ya referida, que rodea la muerte del comisario, hay un dato que conviene tener en cuenta y que resulta bastante turbador. El comisario Calabresi llevaba constantemente a su lado un «guardia de corps», una protección permanente; este servicio le fue suprimido una semana antes de su muerte.

### Últimas noticias

Valpreda y sus compañeros siguen en la cárcel, pero el juez Stiz ha confirmado sus acusaciones contra Freda y Ventura, y las pruebas parecen consistentes. Aparte de las declaraciones de Guido Lorenzon, que afirma que en diciembre de 1969 su amigo Giovanni Ventura le hizo precisas confidencias sobre su responsabilidad en los atentados de Milán y Roma, ha aparecido, por ejemplo, el electricista Tullio Fabris, que ha confirmado que compró 50 «timers» (mecanismo eléctrico que se utiliza para la explosión de determinado tipo de bombas) por cuenta de Ventura, y que Freda le pidió indicaciones sobre la manera de construir un detonador por incandescencia.

El juez D'Ambrosio, de Milán, que se ha hecho cargo del caso, ha decidido desenterrar el sumario Juliano, el comisario que fue destituido por su excesivo celo en la investigación de actividades fascistas, y reconsiderar el «suicidio» del portero Alberto Muraro, su principal testigo de cargo; abrir un sumario contra el industrial petrolero Attilio Monti, propietario de «Il Giornale d'Italia», uno de los periódicos que más se distinguieron en la campaña contra Valpreda y que han utilizado con mayor frecuencia y celo la «estrategia de la tensión», y contra su yerno Bruno Riffeser, sospechosos de la financiación de grupos neofascistas y, en particular, de los que giraban en torno a Pino Rauti; firmar una orden de detención, como presuntos autores de los atentados de Roma y Milán, contra Pio d'Auria (cuyo rostro, como ya indicé en su tiempo el libro «Le Strage di Stato», ofrece un notabilísimo parecido con el de Valpreda), Giancarlo Cartocci (que parece que fue reconocido por Udo Lemke como uno de los personajes que había visto en torno al Fiat 124 la tarde de las bombas de Roma) y Serafino de Luia, todos ellos actuales o antiguos dirigentes del grupo fascista Avanguardia Nazionale e íntimos amigos de Mario Merlino.

Y para acabar, al menos estas páginas, pues los hechos que narran no están cerrados y admiten todavía muchos desarrollos y muchas sorpresas, explicaré un hecho que aparentemente encajaría mejor en la crónica de sucesos.

El 10 de julio de 1972, la Policía detiene, gracias a una confidencia, a Luciano Luberti, llamado también

el «verdugo de Albenga». Durante la guerra era cabo de primera en las SS y fue acusado de haber matado y torturado personalmente a 59 partigianos. Más adelante, en un libro de Memorias, «I camerati», escrito y publicado por cuenta propia, Luberti rectifica esta cifra y la hace subir a doscientos. Pero la Policía napolitana no le busca por estos hechos. En 1946 fue condenado a muerte, y posteriormente a cadena perpetua, hasta que una amnistía le sacó de la cárcel en 1953, y su responsabilidad por las cincuenta y nueve (o doscientas) muertes es cosa pasada. Sus problemas actuales proceden de que el 3 de abril de 1970 la Policía encontró en un apartamento de la calle Pallavicini, en Roma, el cadáver de una mujer, Carla Gruber, rodeado de latas de desodorante y en elevado estado de putrefacción; llevaba muerta cerca de cuarenta días y la causa de la muerte era un balazo en el corazón. Se acusó del homicidio a su amante, Luciano Luberti, pero éste había desaparecido. Desde su escondite, Luberti mandaba frecuentes cartas a los periódicos y llegó a entablar una correspondencia regular con «Il Tempo», el diario del que es redactor Pino Rauti.

Pues bien, el presunto asesino de Carla Gruber era también miembro del Fronte Nazionale del príncipe Borghese, y con motivo de la muerte de Armando Calzolari, el antiguo cajero de la misma organización, la madre de éste, Maria Giovo, señaló como posible asesino de su hijo a Luciano Luberti.

### Y una conclusión que no concluye

Estos son los hechos, una parte de los hechos ocurridos en Italia entre los años 1969 y 1972. He silenciado otros que podrían parecer demasiado fabulosos, y tampoco he querido sacar las últimas consecuencias de los narrados: éstas las dejo al lector.

Es previsible pensar que el círculo no está cerrado y que los planes que guían la maquinación volverán a manifestarse con algún hecho monstruoso. Y es deseable que la justicia haga honor a su nombre y acabe esclareciéndolos y evitándolos, aunque esto es muy difícil cuando lo que está en juego, como en este caso, es el poder, o al menos una concepción particular de él. ■

En muestra de agradecimiento, y para mayor información del lector, algunos de los libros y publicaciones que más me han ayudado a la confección de esta crónica:

Colectivo de Contrainformación: *Le Strage di Stato*, Semonà e Savelli, 1970.  
Camilla Cederna: *Pinelli. Una finestra sulla strage*, Feltrinelli, 1972.

Marco Fini y Andrea Barberi: *Valpreda. Processo al processo*, Feltrinelli, 1972.

Y las colecciones de «L'Espresso», de «ABC», de «Paese Sera», etcétera.

FEIFFER



Dist. Publishers-Hall Syndicate

© 1972 JUB FEIFFER